

R58
17

MIENTRAS VIVAMOS DURMIENDO SOBRE UNA PASAJERA TRANQUI-

83 TROS MALES CON UNA CATEGORICA, ESENCIAL Y DEFINITIVA MOVILIZACION DE LAS CONCIENCIAS

LIDAD ESTAREMOS OLYDANDO UN DESTINO.—ALGO MAS: LA RESPONSABILIDAD DE UN DESTINO 83

AÑO VII - N.º 58

MAYO DE 1951

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

SUMARIO

LO ESENCIAL EN UNA POLITICA CRISTIANA.
SOBRE LA EXAGERACION, por *Eduardo Blanco-Amor*. — DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS
CATOLICOS DE CHILE, por *Julio Jiménez Bergue-*
cio, S. J.— POR UNA ACTITUD DE COMPREN-
SION, por *Jacques Chonchol*.— HACIA UN NUEVO
ORDEN POR UN CATOLICISMO SOCIAL AU-
TENTICO, por *Jorge Fernández Pradel*, S. J.— DO-
CUMENTOS: CORRESPONDENCIA CON TOYN-
BEE. — TEATRO Y CINEMATOGRAFO.

DEBEMOS GRITAR NUESTRA ANGUSTIA Y SALIR AL PASO DE NUESTRAS

2492

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126 - Santiago de Chile

DIRECTOR

Raúl Oliva Murillo

SUB-DIRECTOR

Andrés Santa Cruz Serrano

COMITE DE COLABORACION

Jaime Castillo Velasco

Jorge Cash Molina

Jacques Chonchol

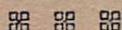
Javier Lagarrigue Arlegui

Máximo Pacheco Gómez

Julio Silva Solar

Hernán Poblete Varas

Sergio Baeza Pinto



Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile: \$ 220.—; otros países: 4.00 dólares. Las suscripciones son recibidas por la EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A., Casilla 3126 — Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será el único responsable de los artículos que, con o sin firma, aparezcan en ellos. Los originales deben ser dirigidos a la Dirección: Casilla 3126.—No se devuelven originales ni se insertan colaboraciones espontáneas que no correspondan al carácter de estos Cuadernos.—Se prohíbe reproducir íntegra o fragmentariamente los artículos de estos Cuadernos, sin indicar su procedencia.

Trabajaron en la preparación y redacción de este número: Raúl Oliva M. y Andrés Santa Cruz S.

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO VII - NUMERO 58

MAYO 1951

LO ESENCIAL EN UNA POLITICA CRISTIANA

La búsqueda de un camino que lleve a suprimir la miseria y la pobreza, que permita elevar el nivel de vida del proletariado, es una de las grandes empresas que el hombre afronta en nuestro tiempo, ahora que los cristianos toman cada vez mayor participación en ella.

Esta tarea, como toda empresa humana, está plena de riesgos y expuesta a desviaciones y fracasos. Estos últimos poco o nada importan: el camino hacia el triunfo siempre ha estado jalonado de contrastes y caídas. Estas son incluso útiles y necesarias. Las desviaciones, en cambio, revisten extraordinaria gravedad, ya que pueden llevar a la modificación o al cambio del fin perseguido, a la pérdida del camino.

Para los cristianos, el establecimiento de una nueva organización social y económica, debe estar necesaria y forzosamente subordinada a los valores morales y religiosos.

Esto, que es fundamental y esencial a toda tarea renovadora emprendida por cristianos, es a veces olvidado o relegado a segundo plano en el entusiasmo que provoca el éxito material de ciertas reformas económicas y sociales o en el deseo de que ellos se realicen a cualquier precio. Ya en el pasado ocurrió ante las realizaciones nacional socialistas y, hoy día, suele repetirse ante las de algunos regímenes, totalitarios también, como el ruso y el yugoeslavo. E igual cosa ocurre a veces en la actitud general con que se afronta la urgente y necesaria "redención del proletariado". Y así el hecho de coincidir con grupos o tendencias que propugnan la substitución del régimen capitalista, lleva a considerar que esta sola coincidencia basta para identificarse totalmente, con sus objetivos en el plano político y a justificar y hasta a aceptar sus errores.

Tal actitud envuelve un gravísimo error de una enorme peligrosidad. La necesidad de substituir el régimen capitalista por uno más justo y más humano, no puede jamás conducir al olvido o preterición de los valores morales y espirituales del cristianismo. Y menos aun pueden ser aceptados o justificados regímenes que, si bien han destruído al capitalismo, lo han hecho para reemplazarlo por otro sistema tanto o más injusto e inhumano.

Un nuevo estado social no puede ser sólo fruto de cambios en lo material y en lo técnico; no basta modificar la estructura jurídica y económica del mundo, pues ello se hace o debe hacerse con un fin: servir al hombre. Jamás lo colectivo debe suplantar o suprimir lo personal. Como se dijera en estas mismas páginas en anteriores oportunidades, siendo el hombre, la persona humana, quien debe salvarse, siendo ella la que debe lograr la justicia y la libertad y lograr el ejercicio pleno de sus derechos esenciales, no hay progreso sobre el fundamento de hombres moralmente destruídos. Toda revolución exterior que no esté antes en el espíritu es una revolución fracasada.

Los valores morales y espirituales del cristianismo deben presidir toda reforma, todo cambio, y ellos deben ser fundamento central y final de toda acción política que persiga real y sinceramente implantar una auténtica democracia, en la que el hombre pueda realizar plena y dignamente su vida y sus fines.

Charles Péguy fué quien dijera: "LA REVOLUTION SERA MORAL OU ELLE NE SERA PAS". A ello nos atreveríamos a agregar que la "democracia será cristiana o no será democracia".

SOBRE LA EXAGERACION

por Eduardo BLANCO - AMOR (1)

“NO HAY MAS QUE UN EXCESO RE-
COMENDABLE: LA GRATITUD”.

Severine.

Cuando al lector le parezca demasiado exultante o simplemente adulatoria la materia de alguna de estas notas, o encuentre que no es bastante a justificarlas el deslumbramiento que causa, en quien las traza, la belleza de este suelo y la originalidad y generosidad del espíritu chileno, le ruego que piense en el efecto que han de hacerle, especialmente si el viajero es un escritor español, algunas circunstancias como las que apunto enseguida, entre otras cien:

—El culto emocionante a Valdivia, en contraste con el menosprecio y, por veces, con la “saña antigua” con que otras naciones de América —nuestro querido México, por ejemplo— juzgan las obras de los colonizadores y conquistadores, aplicándoles un criterio histórico de elaboración posterior, que responde a sentimientos y a formas jurídicas, sociales y vitales dislocadas del hecho que critican.

—El culto a Ercilla y su nacional asimilación como gloria chilena.

—La discriminación perfectamente objetiva y realmente científica que los mejores historiadores chilenos establecen entre la transitoriedad de los sucesos históricos-políticos, juzgados siempre en rigurosa *coetaneidad*, y el ser esencial de la civilización española.

—La categorización del español actual por sus obras y actitudes, sin carga de prejuicios ni sospechas generalizadoras. Contrariamente a otros países de Hispanoamérica donde “se le perdona” a los españoles el serlo, aquí el serlo es casi una categoría *a priori*, basada en admitidos valores raciales, que el español puede dedicarse a justificar, en el área de lo personal, sin tener que reñir batallas previas.

—El orgullo que el chileno siente hacia la raza originaria, en contraste con el mulatismo genealógico que otros países de Hispanoamérica exhiben y fomentan con sorprendente satisfacción...

(1) Reproducimos, con la venia del autor, este capítulo del libro “CHILE A LA VISTA”, que aparecerá publicado por la Editorial Del Pacífico S. A., obra que es, sin duda, una de las mejores que se ha escrito sobre nuestro país.

Estos son —como ya dije, enumerados mínimamente— algunos de los factores que apresan en su red emotiva al escritor español en cuanto pone pie en este buen país. Y los traigo aquí como válidos para explicar los frecuentes arrebatos que sacuden estas crónicas en una “constante” de entusiasmo que el autor no ha querido contradecir, contradiciéndose íntimamente, aunque algunas veces haya tenido que “valvular”, tanto por parquedad natural, cuanto por no dar que hacer a los suspicaces y encanijados de espíritu.

Y los traigo aquí también para que sirvan de pedestal a dos testimonios de esta actitud de amistad, de comprensión, de tolerancia, a veces. Se trata de dos trazos menores, episódicos: pintoresco el uno, documental el otro, simbólicos ambos. Veámoslos.

Aquí, en Santiago, en el Cementerio General, descubro una lápida que nos recuerda la existencia de uno de aquellos españoles del “sostenella y no enmendalla” con que tuvo que luchar, para afirmarse luego de la lucha, el ímpetu liberador de estos países. Este compatriota que digo, parece no querer “enmendalla” ni en la vida de ultratumba y sigue sosteniéndola con este grito esculpido, desde una lejanía de más de un siglo:

IN MEMORIAM

Don Ant^o del Sol y Martorell
Señor de la Torre del Sol y de Gramanet
Del hábito de Santiago.

Natural de Barcelona - España. 1760.

Fiel a su Rey y a su Patria vió sus
bienes confiscados durante la Independencia.

Despojado y anhelando volver a España,
perdió la razón, legando a los suyos
lo único que no pudieron quitarle:

¡LA HONRA!

—1823—

¿Dónde se ha visto una cosa así? ¿En qué país de nuestra América hubiese faltado un concejal, probablemente de apellido “gringo”, que ardiendo en santo celo “patriótico” desdeñase la ocasión para echar un discurso pidiendo la destrucción inmediata de tan insolente “injuria”?

Con seguridad, los chilenos que lean la curiosa inscripción piensen que si el señor del Sol y Martorell pasó rabiando los últimos de sus días, peor para él y para la salvación de su alma; pero que ello no es causa suficiente para privarle de esta especie de derecho al pataleo póstumo.

Otro aspecto, ya no de la tolerancia, sino de la más radical caballeridad, lo hallo en Chiloé, en el Fuerte de Agüi, que mis buenos chilotos mantienen en perfecto estado de conservación. Hay allí un obelisco o pirámide recordatoria, con tres de sus caras exornadas de placas e inscripciones. En la del centro, una leyenda relata los hechos recordados: "Tropas chilenas a las órdenes del Director Supremo del Estado don Ramón Freire, vencieron, después de cinco días de batalla, en la rada de Ancud y campos del Pudeto y Bellavista, al ejército español, mandado por el brigadier don Antonio de Quintanilla... el 19 de Enero de 1826".

A la izquierda un medallón de bronce nos muestra al "Coronel don José Santiago de Aldunate. Primer Gobernador republicano de Chiloé". Y a la derecha otro medallón, de igual tamaño y traza, ostenta la efigie de "Don Antonio de Quintanilla. Ultimo Gobernador Español de Chiloé".

¿Dónde se ha visto cosa parecida, conducta más alejada del habitual "vae victis"? Yo quisiera que alguien me indicase algún otro monumento de nuestra América y quizás del mundo, donde vencedor y vencido figurasen en el mismo pie de igualdad iconográfica e intencional, elevados hacia la posteridad en idéntico nivel recordatorio. ¿No estamos ante un testimonio de la más fina cortesía, de la más acendrada caballeridad, de la comprensión más noble?

Sin detenerme a esbozar siquiera una mínima cavilación sobre símbolos tan fecundos, dejo ahí esas muestras en su limpia pureza. En estas pequeñas cosas inesperadas, en su repetición, en su fraternidad espontaneidad, pueden, no hay duda, verse muchas cosas que no son para este libro liviano, para esta rapsodia del ver, del sentir y del pasar de largo, aun frente a cosas ante las cuales quisiéramos detenernos. Sirvan aquí de justificación a muchos entusiasmos. A tal señor tal honor...

DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS CATOLICOS DE CHILE

por *Julio JIMENEZ BERGUECIO, S. J.*

La primera parte de este artículo apareció en el N° 47-48 de "Política y Espíritu". Ahora, con la venia del autor, publicamos la segunda parte, la que transcribimos de la revista "Criterio".

II.—LOS CATOLICOS Y LOS PROBLEMAS SOCIALES.

La reciente Carta de S. E. Mons. Tardini al Emmo. Cardenal Caro, además de precisar la actitud de los católicos en política partidista, señala, siempre por encargo expreso del Santo Padre, cuál es la actitud que deben tener en materia social. Para hacerlo, emplea palabras excepcionalmente graves y apremiantes; y se refiere expresamente a "cuán frecuentemente" es posible "comprobar" el caso del católico practicante que, sin embargo, "se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales".

Brevemente —y, en lo posible, dejando hablar a los hechos mismos o a personas especialmente bien colocadas para opinar—, se darán aquí unos pocos datos que ayuden a ver mejor qué es lo que el nuevo documento intenta remediar y cuál es el alcance de sus palabras.

LA CARTA DEL CARDENAL PACELLI DE 1934

La nueva Carta se refiere expresamente a la del Cardenal Pacelli, diciendo que conserva siempre todo su valor. En ella, además de lo perteneciente a las actividades políticas (cosa que ya dejamos expuesta en la primera parte), también hay una viva exhortación a la acción social de los católicos de Chile. Después de

hablar de la utilidad de la Acción Católica bien llevada "para que los fieles puedan contribuir, como es necesario, de una manera más eficaz al bien de la Iglesia y de la Patria", dice en el número 49 que "no menos necesaria para Chile es, como V. E. bien conoce, una actividad dirigida a mejorar la situación económica de las clases obreras e inspirada en los principios de la doctrina social-católica. Bien ve V. E. cómo se va acrecentando cada día la necesidad de que sea intensificada, por parte de los católicos, la conveniente asistencia a las varias categorías de trabajadores, los cuales, desgraciadamente, son hoy día fácil presa de los que los seducen con falsos espejismos y corrompen su espíritu con máximas perversas". Y, aunque "la actividad económico-social, en cuanto tal, no debe confundirse con la Acción Católica estrictamente considerada", no hay duda, en cambio, de que los fieles bien formados en las filas de la Acción Católica sabrán a la vez dar vida a oportunas obras de asistencia a la clase obrera, las cuales, aun teniendo fisonomía y responsabilidad propia en lo que se refiere a la parte puramente económica y social, se inspirarán, en el orden moral y religioso, en las directivas superiores inculcadas por la Acción Católica, con la que

deberán mantener una oportuna coordinación". Y agrega que, aunque será necesario actuar "en armonía con las leyes vigentes, será muy útil sin embargo tener presentes también los ejemplos y las experiencias de los países en que la Acción Católica-Social está más desarrollada, como Bélgica y Holanda".

DIFICULTADES EN LA APLICACION DE ESAS DIRECTIVAS PONTIFICIAS

Las mismas resistencias opuestas a los documentos sociales dirigidos por la Santa Sede a toda la Iglesia, las encontraron también esas normas dadas por el Emmo. Cardenal Pacelli, a pesar de decir él expresamente que era "necesaria para Chile" la aplicación efectiva de las mismas.

Siempre ha habido, y ha ido creciendo poco a poco, un núcleo de católicos chilenos compenetrados con el pensamiento social de la Iglesia; y a ellos se debe, en máxima parte, la introducción de valiosas medidas de orden social en nuestra legislación. Pero ordinariamente han encontrado las mayores resistencias precisamente en otros grupos de católicos y de los más influyentes, de mentalidad muy diversa, que veían desviaciones doctrinales en eso mismo en que los primeros eran fieles seguidores de las directivas pontificias.

Para dar una idea de esa mentalidad común entre ese segundo grupo, podrán servir algunos párrafos de un discurso excepcionalmente importante de Septiembre de 1932, muy celebrado en esos sectores en esa misma época y después. "Los fenómenos económicos, se decía en él, sólo obedecen a las leyes naturales, como los astros que giran por los espacios, y los ríos que se precipitan al mar". "Durante mi juventud, fui un demócrata cristiano ardoroso y decidido", pero,

"con el transcurso de los años, un poco más de estudio, y un mucho de experiencia y de encarar las teorías con las duras realidades económicas, todos esos ideales se fueron adormeciendo y debilitando en mi espíritu, hasta llegar por lo menos a un completo escepticismo". "Los que atacan más duramente nuestro actual régimen económico-social, parten generalmente de un prejuicio, y van tras una gran quimera. El prejuicio está en creer que todas las empresas de nuestros días realizan enormes ganancias expoliando a sus obreros, cercenándoles injustamente sus salarios", mientras la verdad actual, salvo excepciones, le parece ser "que el capital se defiende desesperadamente en sus últimos reductos, para obtener una mínima remuneración". Lo que hay, agrega, "es que ciertos sociólogos de hoy siguen repitiendo de memoria un lenguaje que hizo ya su época. Son ellos varones justos, llenos de ciencia y de buenas intenciones, pero absolutamente ignorantes de las realidades de la vida económica. Hasta el silencio y seriedad de sus bibliotecas o de sus claustros, sólo alcanzan a llegar el clamor lejano de las masas que sufren y que pone un sobresalto en sus corazones generosos; pero no llegan, ni los balances de las empresas, ni los descargos de los empresarios, que no saben desfilar y vociferar por las calles. La gran quimera a que aludía hace un momento está en creer que la cuestión social es una cuestión de reparto de la riqueza, de tal manera que repartida ésta justamente, tendríamos la paz y el bienestar de todos en el mundo". Y así sigue estableciendo afirmaciones que, una tras otra, van a estrellarse, no con "ciertos sociólogos absolutamente ignorantes", sino con

las enseñanzas expresas de "Quadragesimo Anno" acerca de la mala distribución de las riquezas y, en particular, de los provechos industriales.

Igual oposición con lo enseñado en las Encíclicas sociales aparece en este otro punto: "El hecho social que más hiere nuestra vista, que más contrista el alma del sociólogo, y que más irrita el corazón de los muchedumbres, es el gran número de los pobres frente al reducido número de los ricos". Esto (de lo que S. S. Pío XI acababa de decir, hacía un año, que "cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres"), esto, en el discurso de que hablamos es considerado como una cosa que no puede ser condenada sino por los socialistas "desde su punto de vista materialista, que concreta el fin del hombre a vivir lo mejor que pueda su vida terrenal, la pobreza no tiene sentido, y es el peor azote de la humanidad. Pero no me explico que sociólogos cristianos piensen lo mismo que los socialistas o, por lo menos, procedan en su crítica de la sociedad como si pensarán lo mismo.

"Sin duda, —prosigue diciendo—, que es una gran desgracia que haya un reducido número de ricos frente a una muchedumbre de pobres; pero también es una gran desgracia que haya un reducido número de hombres inteligentes, frente a una muchedumbre de necios. Y a nadie, hasta ahora, se le ha ocurrido protestar de esta desgracia. Que haya pocos ricos y muchos pobres es un hecho natural inevitable, que existirá mientras el mundo sea mundo. Está dentro del plan providencial que así sea, y todos nuestros esfuerzos por

evitarlo resultarán infructuosos. Y si esos esfuerzos llegaran a fructificar, alteraríamos en tal forma el orden natural, que la humanidad quedaría condenada a desaparecer. Porque, si todos fuéramos ricos, o, por lo menos, gozáramos de un relativo bienestar, ¿quién se prestaría para hacer los trabajos más duros y humildes de la escala económica?" Sigue detallando ese concepto, y termina así: "Este contraste, al parecer injusto y doloroso, de la abundancia de los ricos y la estrechez de los pobres, que para los socialistas no tiene sentido, lo tiene, y profundo, para nosotros los cristianos, de la misma manera que lo tienen el dolor y la muerte. La pobreza, en nuestro concepto de cristianos, es el estado más rico en medios para que el hombre alcance sus destinos eternos; y en cambio la riqueza está perpetuamente amargada por aquella terrible sentencia bíblica que dijo, más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico se salve. No persigamos, pues la quimera de acabar con la pobreza, y de que la justicia social nos dé los medios para ello. Ya hemos visto que la cuestión social no es principalmente una cuestión de reparto de la riqueza, sino una cuestión de producción y de poder de consumo de las masas. Podemos idear el sistema más perfecto de reparto, que realice la justicia distributiva y social más rigurosa, y apenas si habremos suprimido unos cuantos pobres, y mejorado en unos cuantos centavos la suerte de los demás. La gran masa de los necesitados y de los que sufren, seguirá sufriendo y padeciendo necesidades. El campo de la justicia es muy limitado, y de efectos verdaderamente desalentadores. Con la sola justicia jamás llegaremos a dar de comer a to-

dos los que tienen hambre y a vestir a todos los que están desnudos. De aquí que Cristo trajera al mundo la caridad. Si la sola justicia fuese suficiente para dar a los pobres lo que necesitan, la caridad estaría demás, y el cristianismo que en su quintaesencia es caridad, perdería casi su razón de ser" (1).

Por ese mismo tiempo, "L'Observatore Romano" decía: "Cuando se está bien y se es feliz, resulta atroz decir a los pobres: "Bienaventurados los que lloran". Es una ironía que pide venganza esa diabólica deformación del Sermón de la Montaña. Cosa buena son las palabras; pero el ejemplo debe precederlas. Al prójimo que sufre y llora es sobre todo necesario hacerle ver en Dios la única felicidad; pero es culpable utilizar el mensaje de Cristo, para explotarlo. Si no se debe predicar la revuelta brutal, es necesario, sin embargo, sostener las reivindicaciones justas. Infundir la alegría del vivir en todos nuestros hermanos y no privarlos de los bienes temporales en nombre de los bienes eternos. No olvidemos que, como enseña Santo Tomás, un cierto bienestar es indispensable para la práctica de la virtud. Son sobrados numerosos los que se pagan de paliativos de limosnas, y en cambio nada hacen por acabar con la esclavitud de tantos trabajadores, a la que han estigmatizado violentamente los Papas de los siglos XIX y XX. Antes que mencionar la caridad, hay que establecer la justicia. La caridad vendrá a su tiempo y será bendecida; pero no debe convertirse en substituto de la justicia. El obrero laborioso tiene derecho y tiene el deber de bastarse a sí mismo con su trabajo". ¡Este es el sentir católico, bien diverso de lo expresado en aquel discurso! Por lo mismo resulta-

ba tan lamentable el que insistiera reiteradamente en presentarse como si correspondiera al punto de vista "cristiano" y como si no pudiera diferir de él sino un "socialista".

Ese discurso, como ya indicamos, fué muy aplaudido en la importantísima asamblea en que se le pronunció y en ella misma se acordó imprimirlo en folleto y repartirlo ampliamente. Su autor es un sincero católico, de actuación política destacadísima entonces y hasta hoy, y tenido con toda justicia como uno de los dirigentes políticos más rectos y preparados y de mayor influjo; en sectores católicos muy amplios se tiene su palabra como decisiva; de hecho esas mismas ideas las ha seguido sosteniendo él mismo, en múltiples ocasiones, y también las han repetido otras personas de dotes y situación parecidas a las suyas, de lo que veremos algún ejemplo. Por lo mismo, se trata de un documento representativo del modo de pensar de muchos y muy influentes católicos (1).

(1) No tratamos aquí de hacer una demostración en toda regla, ni menos aún una especificación de los sectores o personas en que se da esa mentalidad y actitud; sino sólo dar una idea de la actual presencia de dicha mentalidad, entre los católicos de Chile, y por tanto de la realidad a que intenta remediar la Carta de Mons. Tardini. Por eso no presentamos la amplísima y variada documentación recogida sobre eso, sino sólo alguno que otro texto representativo; esto, al menos, era indispensable, para proceder con manifiesta objetividad. Por la misma razón, se prescindirá, dentro de lo posible, de dar referencias de cada texto presentado (esto habría concretado

Tal modo de pensar, expuesto así y recibido tan entusiastamente un año después de publicada la Encíclica "Quadragesimo Anno", puede ayudar a comprender la atmósfera en que cayeron las directivas del Cardenal Pacelli, y dar la explicación de las resistencias enormes que iban a dificultar la obra de los otros católicos que trataron de ponerlas en práctica. Cuando menos, fué la inercia, la actitud pasiva, el desinteresarse y desconfiar, y así aislar y frenar, o quitar eficacia y amplitud necesarias; y, con frecuencia, también los ataques positivos, las acusaciones de exagerar, de ser más o menos "socializantes", o ilusos y desconocedores de las realidades económicas, de actuar por intenciones torcidas, y aún otros procedimientos más prepotentes o astutos para impedir o deshacer los resultados de las iniciativas sociales. (Testigo, entre tantos, el mismo Dr. E. González C., autor de la ley del seguro obrero y uno de los que más insistió en el Congreso por aplicar las ideas sociales de la Iglesia, y que en Noviembre de 1936

nombres, que no era indispensable exhibir para mostrar la subsistencia de esa mentalidad). Lo único requerido, y por eso está indicado, era el que los textos fueran realmente representativos de amplios sectores de católicos chilenos, por la calidad, influjo o buena acogida de sus autores o de ellos mismos. El que lo son, lo mismo que la exactitud de las transcripciones (aquí simplemente afirmado), es facilísimo de mostrar, si hubiere necesidad, dando los datos pertinentes a quien los demandare. Y esto mismo quede dicho desde ahora para los textos citados más adelante.

recibía algunos de esos calificativos en un artículo periodístico escrito por el mismo autor del discurso que extractamos).

UNA INTERVENCION DEL Sr. ARZOBISPO DE SANTIAGO

Una muestra de las reacciones desfavorables halladas por ciertas doctrinas sociales de la Iglesia, la hubo de sufrir el mismo Sr. Arzobispo de Santiago, Excmo. Dr. D. José M. Caro R. en 1939. Había expuesto esas doctrinas, con gran vigor y en todo su alcance, a un periodista, quien publicó la entrevista en "El Mercurio", el 17 de Diciembre. Como es frecuente, la redacción del reportér presentaba inapropiadamente algunas de las ideas expuestas por su entrevistado, llegando a ser inexacta alguna frase. En vez de pedir, privada y respetuosamente, al mismo Prelado, una aclaración de esa redacción y de ofrecerle para ello una oportunidad en la prensa, se siguió otro procedimiento (sobre el cual dejaremos al mismo Mons. Caro que emita el juicio): se publicó un artículo, y se declaró en él "rectificar al reportér, que pone en labios del señor Arzobispo algo que ciertamente no ha dicho"; pero el resultado, según el propio Mons. Caro afirmó en un artículo final suyo, publicado el 1.º de Enero de 1940, fué que así la frase del reportér "ha sido ampliamente aprovechada para insinuar una contradicción entre el Arzobispo y el Papa" (acerca de lo enseñado por éste sobre que el régimen de salariado no es injusto de suyo); agradeció, en cambio, el Sr. Arzobispo a los que "me han presentado su afectuosa adhesión o sus congratulaciones, y a los que, con sinceridad de afecto, han puesto su pluma al servicio de la causa de la Iglesia y en defensa de su Pastor. Dios se lo pa-

que copiosamente". (Alude a varios artículos en los que se replicó a aquel primero y a otros de igual sentido que él). "No ignoraba yo, añadía el Sr. Arzobispo, lo enseñado por el Sumo Pontífice y lo había declarado expresamente en la página 51 de mi "Sociología Popular", ed. 1935".

Ya que se le presentaba esa oportunidad, aprovechó para recalcar algunas de las ideas más acentuadas del programa social de las Encíclicas, es decir de lo mismo que había expuesto en aquel primer reportaje, sobre la exigencia de justicia social de la participación del trabajo en las utilidades obtenidas y sobre el derecho y conveniencia de la sindicación, puntos en que había necesidad de corregir ideas y actitudes prácticas de bastantes católicos. Por lo mismo agregó, con un suave tinte de malicia criolla, lo siguiente en que aludía al empeño por "rectificar al repórter", Encíclicas en mano: "Hago votos muy fervientes porque el celo que se ha manifestado por la letra y la interpretación de las Encíclicas sociales, que el Arzobispo de Santiago siempre ha venerado y sentido por norma de su pensamiento y enseñanza, se manifieste de aquí en adelante con multiplicados esfuerzos, como lo desea el Santo Padre y lo piden las circunstancias, en ardiente solicitud por observarlas en la práctica con sincera docilidad; por que se manifieste también en celo por reparar las injusticias sociales de que gran parte de nuestro querido pueblo es todavía víctima; por reparar la ofensa social que con ello se ha hecho al Creador y Dador de todos los bienes, que tantas veces en los Libros Santos y en la enseñanza constante de la Iglesia se ha declarado el Padre y De-

fensor de los pobres y oprimidos. Es preciso que el celo por las Encíclicas Sociales nos lleve a una sincera enmienda de la indiferencia, si no resistencia, ante las sabias y salvadoras enseñanzas sociales del Pastor Supremo de la Iglesia, encargado por N. S. Jesucristo de enseñarnos y gobernarnos, y que ese celo y esa enmienda se muestre, asimismo, en el tenaz empeño por realizar esa más justa distribución de las riquezas, tan repetidas veces inculcada por los Soberanos Pontífices. Así daremos la prueba más elocuente de nuestro celo por las enseñanzas de las Encíclicas Sociales; así y sólo así extirparemos todo malentendido y peligroso egoísmo y trabajaremos eficazmente por acabar el malestar social, el espíritu de odio y de lucha que nos perturba, y contribuiremos al mantenimiento de la fe cristiana en el pueblo y a que reine la paz, la armonía, el bienestar y la felicidad en todos los que nos cobijamos bajo nuestro glorioso y muy amado tricolor".

En esa misma exhortación, hay una viva imagen de lo que todavía entonces era la realidad social y de "la indiferencia, si no resistencia, ante las sabias y salvadoras enseñanzas sociales" de la Iglesia, que seguían aún esperando "una sincera enmienda" de parte de muchos. Era lo mismo que decía un año después, en su Pastoral de 15 de Mayo de 1941, el Excmo. Sr. Arzobispo de Concepción, Mons. Alfredo Silva S.: recordados los buenos resultados debidos en Chile a las enseñanzas del Sumo Pontífice y a quienes pusieron empeño en aplicarlas, añadía que, sin embargo, "no encontraron plena y absoluta aceptación, o al menos no fueron llevadas a la práctica como él, con tanta insistencia y clarividencia,

lo recomendaba y pedía. Sobre todo aconteció ésto en un punto fundamental: en cuanto a la formación de las asociaciones obreras y sindicatos"; y, después de recordar que veinte años antes ya "el recordado y llorado ilustre Obispo que fué Monseñor Rafael Edwards escribió las palabras que vamos a citar, refiriéndose a la penuria en Chile de los sindicatos", y después de reproducirlas, agrega: "¡Con cuánta mayor razón deberíamos lamentarnos hoy día de no haber sabido o no haber podido seguir más fielmente las normas directivas generales y particulares de León XIII en materia social y económica! Queremos, precisamente por esto, consagrar la última parte de esta Carta Pastoral a insistir en la necesidad y urgencia de llevar a la práctica en su mayor extensión y profundidad la doctrina y, sobre todo, los medios prácticos de bienestar de la sociedad y de solución de la cuestión obrera tan nitidamente contenidas en la "Rerum Novarum" en unión con la Encíclica "Quadragesimo Anno", sobre la restauración del orden social".

ANTE UNA PASTORAL COLECTIVA DEL EPISCOPADO CHILENO

En el caso anteriormente expuesto, una frase equivocada del repórter fué (como el mismo Mons. Caro juzgaba el hecho) "ampliamente aprovechada para insinuar una contradicción entre el Arzobispo y el Papa", en la que el primero quedaba en posición de "extremista". Se guardaron, sin embargo, en esas publicaciones periodísticas, las formas respetuosas por lo menos en cuanto a lo que estaba expresado en las palabras mismas empleadas: ¡se trataba, al fin y al cabo, del Arzobispo! Caso muy

diverso era el de simples sacerdotes o el de seglares: ahí las reacciones resultaban con facilidad mucho más desembozadas y, por lo mismo, más reveladoras de la mentalidad existente en los sectores de donde provenían, y los epítetos condenatorios menudeaban (1).

(1) Un año antes, eso así, también le tocó recibir algo parecido al mismo Mons. Caro: había publicado, a raíz de la elección presidencial de 1938, una breve instrucción pastoral sobre los deberes de amor, respeto y obediencia, de cooperación y oración, de los católicos "para con nuestros actuales gobernantes" y para con el "Supremo Mandatario que se acaba de elegir"; el ser Obispo de La Serena no alcanzó a librarlo de recibir, en una airada carta pública de un conocido católico, las siguientes expresiones, entre otras: "no es posible que se mistifique la opinión de los católicos" (con lo que esa instrucción decía sobre el "Mandatario que se acaba de elegir", quien de hecho, aunque no lo expresaba Monseñor, era el que había sido candidato del Frente Popular); "me permito con el debido respeto (1) manifestar a monseñor que está en un profundo error" (sobre un trámite todavía pendiente del proceso electoral); "este error disculpa al señor Caro de no seguir las ordenanzas de la Santa Sede tantas veces repetidas de no mezclar a la Iglesia en las luchas políticas" (no hace falta decir que este cargo era tan infundado como el anterior). Pero, en fin, actitudes como esa, por muy sintomáticas que sean (pues indican en el autor suficiente conocimiento de que hallaría buena acogida en círculos

Sin embargo, aunque no precisamente por la prensa, hay un caso relativamente reciente de crítica abierta a un documento episcopal excepcionalmente importante; es una carta de "carácter reservado", pero que fué ampliamente difundida en copias, y que realizaba un prolongado ataque (cinco páginas grandes de escritura cerrada: unas cuatro mil palabras), tan implacable como infundado, contra el "Llamado que el Episcopado nacional hace a los fieles", el 1.º de Enero de 1947, sobre "El deber social de los católicos". El documento episcopal iba firmado por el Emmo Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago y por los demás Arzobispos y Obispos presentes entonces en Chile. El autor de la carta de crítica era un influyente político y estudioso, católico práctico; (para lo que vamos mostrando aquí, es indiferente que la amplia difusión haya sido procurada por el mismo autor, o más bien por otras personas de su misma tendencia ideológica, detalle que ignoro). Esa carta así difundida entre católicos de influencia, muy celebrada y hasta dada por refutación definitiva, contribuyó bastante a impedir que ese documento episcopal tuviera o conservara la respetuosa acogida, la profunda resonancia y los efectos prácticos que merecía tener; y, por lo mismo, es uno de los casos recientes más apropiados para mostrar cómo esas mismas resistencias señaladas antes, han seguido vivas en importantes sectores de católicos, y cómo la misma men-

amigos suyos), no son sino un caso extremo de enojecimiento partidista, enteramente excepcional en cuanto a esa forma de publicación hecha por la prensa.

talidad equivocada, pero que se cree genuinamente cristiana, y el mismo desconocimiento de los documentos pontificios, siguen todavía perturbando las conciencias y enjuiciando y condenando las presentaciones completas de la doctrina social de la Iglesia. Por eso resulta conveniente presentar aquí algunas de esas críticas.

La Pastoral colectiva del Episcopado chileno declaraba al comienzo que "la Iglesia no teme a toda reforma social que se provee. El orden social en que vivimos debe ser reformado, a fin de que responda mejor a las exigencias de la justicia social", puesto que "muchos aspectos de la actual organización económica y social no responden al verdadero concepto del orden social cristiano, la actual distribución de las riquezas adolece de injusticias, la porción preferida de Cristo y de la Iglesia, los obreros, se encuentran a menudo en una condición de inmerecida miseria. La Iglesia repetidas veces, por lo voz de sus Pontífices, de su Jerarquía, ha clamado sin temor contra estos males y declarado que no se solidariza con el régimen económico y social presente sino en aquello que éste contiene de justo y verdadero". Son, como se ve, declaraciones nítidas; expresan puntos bien conocidos de las enseñanzas de la Iglesia; a cualquier persona que tenga alguna práctica de las Encíclicas sociales y de las Alocuciones del actual Sumo Pontífice, le traen a la memoria numerosos pasajes que dicen eso mismo, casi con las mismas palabras. Pues bien, todo eso fué sucesivamente atacado en la carta aquélla y declarado erróneo e inaceptable, con abundancia de considerandos. Veámoslo en algunos puntos:

La primera frase dice con plena claridad que la Iglesia no rechaza **toda** reforma de lo existente; en efecto, como lo indica a continuación, **distingue y discrimina** los casos: propicia el cambio de “muchos aspectos” antisociales e injustos, y sólo defiende la permanencia de aquello que, en “el régimen económico y social presente”, es “justo y verdadero”. La carta de crítica declaraba, en cambio, que esa primera frase episcopal (“la Iglesia no teme a toda reforma social que se proyecte”), está mal en cuanto a “la redacción. Debíó decir: “no teme a cualquiera” o “no teme a ninguna”; pero es incorrecto decir “no teme a toda”. Ya se ve todo el alcance que tiene la tal enmienda: hay harta diferencia entre la redacción perfectamente clara del documento episcopal, “no teme a toda” (para cuya verdad basta que haya alguna a la que no tema, aunque sí tema a otras), y la redacción introducida en vez de ella por la carta, al final, “no teme a ninguna” (el **ninguna** no deja posibilidad de que tema ni a una sola). En nombre de una supuesta **enmienda de la reacción**, lo que ahí se hace es un **cambio enorme en el sentido** de la frase: se confunde la actitud simplemente “contradictoria” con la “contraria” de lo que el documento episcopal rechazaba (“las teme a todas”); ¡confusión imperdonable en lógica elemental!

Y véanse ahora las consecuencias de tal cambio, en lo que la carta dice a continuación: “Nada sería la redacción; lo que me alarma es el concepto, porque me parece insostenible. ¡Cómo! ¿No teme la Iglesia a una reforma socialista o aún comunista? ¿No teme a reformas condenadas por los Pontífices? ¿No teme a una reforma que,

por ejemplo, aboliese totalmente la propiedad privada y la despojase a Ella misma de sus templos y de todos sus bienes? Esta afirmación es, pues, verdaderamente inaceptable. Y lo es igualmente su desarrollo”. Ya se ve si tenía importancia el cambio previo de “la redacción”: se achaca ahora al documento episcopal, y se le atribuye afirmar algo “inaceptable”, es decir toda una serie de errores y enormidades, que sólo están... ¡en el cambio de redacción!... o, mejor dicho, en el cambio de una “contradictoria” por una “contraria”. ¡Pero ese cambio no lo hicieron los Señores Obispos! En la primitiva “redacción”, la auténtica, la del documento mismo episcopal, no hay base ninguna para esas acusaciones; que, por lo tanto, son enteramente gratuitas. (Cómo quedó dicho, “no teme a toda”, sólo significa que hay alguna o algunas a las que no teme; de ningún modo significa que no se exceptúa ni una sola a la que tema: puede temer a muchas otras, con tal que no sea a todas).

(Por supuesto que el tal cambio no debe de haber sido hecho de propósito. Seguramente se trata sólo de un caso más de mala inteligencia, de tomar las cosas al revés, de ver un mal sentido inexistente en los textos mismos; en una palabra, de un hábito intelectual, del que hay innumerables ejemplos que citar en esas infundadas acusaciones que tanto han menudeado en los últimos tiempos, y de algunas de las cuales el Emmo. Sr. Cardenal Caro, comentando la Carta de Mons. Tardini, dirá “¡Cuántas veces aún se ha calificado de comunismo o socialismo, en un predicador o escritor, lo que no era más que doctrina social de la Iglesia!”).

La crítica de la carta a las restantes frases del primer párrafo abunda en similares confusiones, equivocaciones, "quid pro quo", que no hace falta detallar aquí. Mejor será ver otra clase de faltas en la que aparece la distancia entre esa mentalidad ahí evidenciada y el pensamiento pontificio. El documento episcopal había dicho, en frase que ya reproducimos, que "la actual distribución de las riquezas adolece de injusticias" y "los obreros se encuentran a menudo en una condición de inmerecida miseria". Con ello no hacía sino reproducir lo que está ampliamente enseñado en la Encíclica "Quadragesimo Anno", para citar sólo el documento de mayor importancia al respecto (dice, por ejemplo, esa Encíclica que "la muchedumbre enorme de proletarios por una parte, y los enormes recursos de unos cuantos ricos, por otra, son argumento perentorio de que las riquezas multiplicadas tan abundantemente en nuestra época, llamada del industrialismo, están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases. Por lo cual, con todo empeño y todo esfuerzo se ha de procurar que, al menos para el futuro, las riquezas adquiridas vayan con más justa medida a las manos de los ricos, y se distribuyan con bastante profusión entre los obreros". Y otros pasajes similares; la frase del documento episcopal dice exactamente eso mismo).

Véase ahora cómo la carta aquella contradice todo eso: "La actual distribución de las riquezas podrá ser desigual, y cada día lo es menos, contra lo que suele decirse, y como también lo voy a probar; pero, en todo caso, esa distribución es: 1.o) Justa y natural, porque justos y naturales son los factores

que la producen", (cosa que sigue detallando). "2.o) Conveniente, porque es el estímulo del trabajo y del ahorro. 3.o) Indispensable para la distribución de los diferentes oficios". Y poco después repite: "El actual régimen económico está lejos de distribuir los bienes en forma hostil o injusta para con las clases obreras". Entra después a presentar, según como él los ve, diversos datos y apreciaciones al respecto, y dice que "los Exmos Señores Obispos es posible que no conozcan muy de cerca el gravamen enorme que esto significa para las empresas"; hace otras consideraciones de las que cree deducirse "cuán engañadora sería cualquiera otra fórmula o sistema de distribución", añade que "así son de falaces los mirajes de una "menor distribución" tan propios para seducir a las personas que jamás han entrado en estos cálculos", y concluye diciendo que "afirmar que el actual régimen es injusto e incompatible con el orden social-cristiano es, como lo he manifestado, incurrir en un error" (ya se ve a quién alcanza, más arriba de los Sres. Obispos, todas esas calificaciones).

Y además de "incurrir en un error", añade, eso sería "hacer coro a los que piden su abolición y propugnan para realizarla todos los trastornos. Nuestro Señor Jesucristo, predicando su doctrina, no ofreció jamás a sus oyentes un mejoramiento económico. Manifestó sólamente que para los pobres sería más fácil alcanzar el Reino de los Cielos. Pero sus promesas fueron todas exclusivamente para después de la vida mortal". Y, como "quizás se ilusionen algunas almas apostólicas con que usando aquel lenguaje lograrán atraer al redil de la religión a nuestro pueblo, tan alejado de ella", la car-

ta se encarga de enseñarles que no parece "lícito emplear este medio" que le parece opuesto a la verdad y que por eso caería en la categoría "de las seducciones demagógicas de que se valen los extremistas", y que, por lo demás, "hay una ilusión demasiado evidente en creer" en su eficacia. (Evidentemente, S. S. Pío XI no alcanzó a considerar todo eso cuando escribió en "Quadragesimo Anno" que "las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentra las mayores dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna" y propugnó "un mejoramiento económico" en esta "vida mortal" misma, "la redención del proletariado" desde luego, y afirmó que "si con vigor y sin dilaciones no se emprende llevarlo a la práctica, es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden público, la paz y tranquilidad de la sociedad humana contra los promovedores de la revolución". Es una actitud diversa de la que enseña la carta ésa).

Entre tantas críticas erradas que hay en la carta que comentamos, presentamos una última, la que hace a esta frase del documento episcopal: "La riqueza de las Naciones no se mide por la abundancia de bienes, sino por su justa distribución". La carta habla ahí "otro defecto de redacción", como al comienzo: debió decir, según ella, "el bienestar o prosperidad" y no "la riqueza", pues le "parece contradictorio" decir de la riqueza que "no se mide por la abundancia de bienes". Y, como allá, añade. "Naturalmente, la redacción es lo de menos. Lo que habría sido deseable es no haber insistido en un concepto que es infundado". De nuevo, como en

tantos otros casos, la carta ataca ahí, más arriba del Episcopado chileno, al Santo Padre mismo: esa frase "contradictoria" y ese concepto "infundado" no son sino la simple reproducción de lo que S. S. Pío XII dijo en su alocución radial del 1º de Junio de 1941: "La riqueza económica de un pueblo no consiste propiamente en la abundancia de los bienes, medida según un cómputo purá y solamente material de su valor, sino en que tal abundancia represente y proporcione real y eficazmente la base material suficiente para el debido desarrollo personal de sus miembros. Si una tal distribución justa de los bienes no se realizara o fuese obtenida sólo imperfectamente, no se alcanzaría el verdadero objetivo de la economía nacional"; y poco después añade: "Nos ha parecido particularmente oportuno presentar ante vuestra consideración estos conceptos fundamentales acerca de la riqueza y la pobreza de los pueblos, hoy día, cuando hay inclinación a medir y juzgar tal riqueza y pobreza con balanzas y con criterio simplemente cuantitativos" (1) Tenían razón, como se ve, y no hacían otra cosa que cumplir con su cargo, los señores Obispos, al repetir esas enseñanzas del Sumo Pontífice, que éste denomina "conceptos fundamentales" en tal asunto (y que la carta aquella creyó apropiado calificar de "contradictorios" e "infundados").

Si así se sometía a juicio y se condenaba, por parte de católicos, un documento firmado por el Episcopado chileno y calcado hasta en sus expresiones mismas sobre Encíclicas y Alocuciones Pontificias, ya resulta

(1) "Acta Apostolicae Sedis", año 1941, pp. 200 y 201.

fácil imaginar el trato que se daría, por las personas de esos mismos sectores, a simples sacerdotes o laicos que dijeran esas mismas cosas: comunistas o colaboradores del comunismo es calificativo que les ha sido aplicado tan incansable como injustamente por seculares constituidos así en jueces de doctrina católica (con el acierto y competencia que acabamos de comprobar). Ha bastado repetir las enseñanzas esuetas de los Sumos Pontífices, para ser tachado cuando menos de "imprudente"; ha sido suficiente no aceptar que contra los comunistas todos los medios fueran lícitos ni todas las medidas convenientes o únicas, para ser acusado inapelablemente de estar cooperando a su acción y contaminado por su doctrina; hasta ha bastado que no se admitieran interpretaciones abusivas del Decreto del Santo Oficio, del 1º de julio de 1949, en las que se aplicaba la excomunión, sin base ni autoridad, a quienes no correspondía, para ser por eso solo tildado de comunizante (y para que la calumniosa imputación hallara sospechoso eco en cierta inescrupulosa hoja quincenal rioplatense, muy vinculada con los sectores chilenos cuya mentalidad hemos estado exponiendo). Como decía el Emmo. Cardenal Caro, en un texto que ya citamos, con mucha frecuencia "se ha calificado de comunismo o socialismo, en un predicador o escritor, lo que no era más que doctrina social de la Iglesia".

LAS PALABRAS DE MONS. TARDINI Y DEL CARDENAL CARO

Todo lo dicho muestra, al menos con algunos casos concretos pero muy representativos a modo de ejemplos típicos, el fun-

damento de lo que Su Eminencia el Cardenal Caro expresaba, al comienzo de su segundo artículo de comentario a la Carta de Mons Tardini; es decir, que "el Santo Padre, en su inmensa caridad para con todos los pueblos y en su predilección para con nuestro amado Chile, no puede menos de lamentar la incompreensión" por la cual "no pocos católicos de Chile están desatendiendo las continuas e instantes instrucciones y exhortaciones para que se pongan en práctica las enseñanzas sociales de la Iglesia"; y hasta añade que "su insensibilidad (ante esas responsabilidades y deberes sociales), desgraciadamente, comienza por no leerse ni siquiera los documentos sociales pontificios, ni leer tampoco, ni mucho menos meditarlos, los documentos del Episcopado, que con frecuencia ha estado dando a conocer y explicando las enseñanzas sociales de la Iglesia".

No se trata de que esa sea la actitud general; por el contrario, ya dijimos al comienzo que siempre ha habido en Chile, y cada vez ha ido siendo más numerosa y entusiasta, la parte de los católicos preocupados de aprender, con docilidad humilde, sin perjuicios ni restricciones, la genuina y completa doctrina social de la Iglesia, tal como es, tal como está propuesta en los actos del Magisterio eclesiástico y ante todo en las Encíclicas y Allocuciones Pontificias; y preocupados además de propagarla, defenderla y aplicarla. De hecho como también lo dijimos, a católicos se deben grandes progresos en la legislación social chilena, una de las más completas y más antiguas en cuanto a muchos aspectos. Por eso el Cardenal no habla de todos, sino únicamente de "no pocos católicos" que no son co-

mo otros; es decir de los que, sea en el plano doctrinal, sea en la aplicación práctica, son indiferentes o, peor aún, opuestos a esos otros y así dificultan su labor, la hacen ineficaz y hasta molestan o desprestigian a quienes la efectúan, y desfiguran u oscurecen la verdadera doctrina social de la Iglesia, haciéndola así odiosa al pueblo. Precisamente eso, la presencia continuada hasta hoy de esa actitud y mentalidad, en ciertos sectores católicos de Chile, es lo que ha impedido que los resultados hayan sido más completos y, sobre todo, que hayan proporcionado reformas de más fondo alcance, como las propician los documentos eclesiásticos; y eso mismo es lo que motiva esta nueva y más especial intervención de la Santa Sede para urgir a todos los católicos al cumplimiento íntegro de sus deberes sociales, y terminar con esas resistencias o indiferencia.

Lo recalado ahora por Mons. Tardini acerca de "la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social", se refiere a la teoría y a la práctica. "La Iglesia ha proclamado su luminosa doctrina, la cual, fundada en la ley natural, que exige la justicia social, reciben perfeccionamiento y como un alma nueva de la luz del Evangelio y de la llama de caridad de nuestro Redentor. Después de las grandes Encíclicas de León XIII y Pío XI, después de los preciosos y copiosos documentos sociales de Pío XII, ya no deberían los hijos de la Iglesia, a cualquier clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir, o rehusar seguir ese camino. Por lo mismo resulta mucho más doloroso comprobar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia

profesión de fe y de devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales. Y, sin embargo, para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir que el porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes"; como que "el esfuerzo progresivo por desecristianizar las clases más humildes y por eso mismo más cercanas al corazón maternal de la Iglesia, "toma ocasión y pretexto de las injusticias sociales verdaderas o falsas".

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, además de algunos trozos ya copiados, y de ir reproduciendo los de la Carta, insistió en que ésta habla de la "obligatoria y necesaria actividad social de los católicos, la que puede ser exigida por la disciplina de la Iglesia" y "nos llama fuertemente la atención para despertar nuestra conciencia cristiana sobre el problema grave y urgente, el problema social, que en Chile se hace cada día más agudo" (esto es muy real, no sólo por la existencia misma de las necesidades que remediar, sino además por la conciencia muy viva de ellas y de los derechos respectivos, debida a los mismos progresos ya realizados y a la cultura cívica, arraigada hondamente por la tan antigua y normal vida democrática que distingue a Chile en el orden político). Agrega el Cardenal que "no es sólo la suerte de la Iglesia la que está en peligro a causa del gravísimo problema social, sino también la de la Patria y de la sociedad y, en particular, la suerte de aquellos mismos que no tienen oídos para escuchar las paternales advertencias y exhortaciones de

la Santa Sede, ni ojos para ver la horrible tragedia que se está llevando a cabo en pueblos que tenían más motivos para creerse libres de la catástrofe social". Y por lo mismo, agrega, "ojalá los ricos y los empresarios en general se convengan de que al defender la Iglesia el bienestar de los pobres y de la sociedad, está también defendiendo su propio bienestar e intereses (de ellos) con más eficacia de lo que ellos podrían esperar de leyes sin espíritu cristiano o de la fuerza de las armas".

Dios quiera que este nuevo documento pontificio sea leído y

meditado seriamente por todos los católicos, "a cualquier clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan", como él mismo dice, y sea fiel y entusiastamente llevado a la práctica por "los sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus Pastores, con el alto sentido de disciplina y de plena conciencia de su responsabilidad" y "en unidad de espíritu, de propósitos, de acción", y así, como añade el mismo documento, "preparen con su ejemplo y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia, para su noble Patria".

POR UNA ACTITUD DE COMPRENSION

por Jacques CHONCHOL

—Un día, a mediados del año pasado, tuvimos ocasión de asistir a una sesión de la Asamblea Nacional Francesa en la que los representantes comunistas y del R. P. F. (1) iban a interpelar al gobierno a propósito de la remoción que este acababa de hacer de Frédéric Joliot-Curie como Alto Comisionado de la Energía Atómica de Francia. Y con ocasión de esta interpelación pudimos observar allí durante varias horas como los diputados de los distintos partidos se atacaban furiosamente en sus discursos con un espíritu de pasión pocas veces visto. Nadie oía a nadie más que a sí mismo. Cada uno de ellos se lanzaba a la discusión aferrado ciegamente a las ideas y posiciones de su grupo, sin hacer el más mínimo esfuerzo por tratar de comprender las razones y posiciones de los demás, y escuchaban a sus oponentes con la impaciencia creciente del hombre que no halla el momento en que su contrincante termine de decir lo que está diciendo, para poder entonces reducirlo a polvo con la fuerza de su propio discurso o argumentación.

Allí, entre esos hombres que representaban a los diversos grupos o sectores de opinión en que se dividía la nación, no había casi diálogo o comunicación posibles. Faltaba en ellos ese mínimo de disponibilidad y de buena voluntad para los adversarios, sin los cuales no puede existir jamás un verdadero entendimiento. Existía entre ellos un muro más espeso y más denso que todos los muros materiales que pudieran construirse. Se tenía la impresión de que las ideas que allí se expresaban producían en los miembros de los distintos grupos reacciones psíquicas y aún fisiológicas de tal manera diversas, que aquellos hombres no podrían jamás comprenderse.

Esta misma actitud humana y esta misma impresión de incomunicabilidad la encontramos, con mayor o menor intensidad, a cada instante y en cada lugar. Vayamos a cualquiera de los parlamentos de los diversos países incluyendo el nuestro y observemos a los representantes de los distintos partidos, vayamos a la discusión en el sindicato, en la calle y aún en el grupo familiar; y veremos que cuando los hombres están convencidos de poseer la verdad y de estar en lo cierto, y que éstas verdades y certidumbres son opuestas, cada uno no ve más allá de las suyas que cree totales y únicas, y son de tal

(1) Rassemblement du Peuple Français, de De Gaulle.

manera absorbidos por sus ideas, que entre ello desaparece toda superficie de contacto. Parece no existir ya entonces una misma materia humana al interior de la cual dos seres puedan comunicarse, sino que dos ideas absolutas y excluyentes que tienden cada vez más a desencarnarse y a negar al hombre y que están destinadas a chocar hasta que la una suprime totalmente a la otra. Como lo dice Gheorghiu en "LA HORA VEINTICINCO": — "el crimen de la sociedad técnica occidental es el de haber asesinado al hombre viviente, sacrificándolo a la teoría, a la abstracción, al plan". Y este espíritu se ha infiltrado de la sociedad al hombre, quien no vacila en sacrificar los demás hombres al triunfo de su abstracción.

Raymond Aron decía un día, al finalizar un curso del Instituto de Ciencias Políticas de París:—"Uno de los fenómenos más extraordinarios de nuestra época es esa capacidad que tienen los hombres de hoy de odiar en bloque a un pueblo, a una raza o a un grupo de hombres, por razones abstractas, como el hecho de que sean tales, de que profesen tal ideología o tal actitud ante la vida. Es comprensible —agregaba— odiar concreta y específicamente a este o aquel hombre determinado por tales o cuales razones, pero es difícilmente comprensible el hecho de odiar a esa enorme cantidad de hombres que constituyen un pueblo, una raza o un grupo, y con los cuales la mayoría de las veces no se ha tenido casi ningún contacto íntimo, o aún directo".

Esta capacidad de odiar por razones abstractas, y en bloque, no es sin duda una característica exclusiva de nuestra época, pero es indudable que en ella ha alcanzado una potencia que jamás antes había tenido.

Y así vemos como en nombre de las ideas, o de los intereses disfrazados en ideas, se lucha, se oprime, se destruye y se hace sufrir o se mata a millones de hombres. Y lo más extraordinario y terrible a la vez es que esto se hace muy a menudo de buena fé, y por razones puras, en forma tan frecuente al menos como por impuras.

A este hecho, que si lo miramos objetivamente no puede parecer nos sino que como la más horrenda de las anomalías en una humanidad que se pretende civilizada, hay sólo una actitud valedera que se le puede oponer: la de la comprensión.

¿Qué entendemos por ella? Algo muy simple: nada más y nada menos que lo que dice; es decir, que antes de odiar y combatir a nadie tratemos de colocarnos con toda nuestra fuerza de voluntad en su lugar, en su punto de vista; busquemos esforzada y sinceramente sus razones, tratemos de penetrar en sus reacciones y en sus móviles; abrámonos en una palabra a lo que el otro siente y considera como cierto y verdadero.

Requiere sin duda esta actitud un esfuerzo inmenso sobre nosotros mismos, del que casi todo lo que se nos enseña en el mundo de hoy nos aleja; pero ella es sin duda la única que puede conducir a la realización de una sociedad y de un modo de vida más humanos y menos estúpidos.

Cuantos hombres que se odiaban abstractamente desde lejos, y que se hubieran destruido o dañado los unos a los otros por cualquier nada, cuando se conocieron juntos en el sufrimiento de los campos de concentración o en la angustia de la impotencia frente a la injusticia que se realizaba abiertamente frente a ellos, se dieron cuenta de que eran hombres con maneras de ser y reacciones más o menos similares, de que tenían la misma sed de justicia, eran movidos en el fondo por móviles idénticos, capaces del mismo esfuerzo y del mismo sacrificio, amantes de los mismos pequeños rostros, gestos o placeres; y que si se odiaban y se combatían era porque no se conocían.

Y cuantos también desgraciadamente, que llegaron a sentir todo esto en la fraternidad de un mismo sufrimiento, una vez que las circunstancias los volvieron a separar, cayeron nuevamente bajo el hipnotismo de las ideas abstractas y de los absolutos de la intolerancia que en vez de absorber y crecer, rechazan y destruyen empobreciendo a la humanidad; y se volvieron a odiar en bloque por el odio que se tenía a las ideas o a las categorías con las cuales se les identificaba.

Por eso decíamos que no hay esfuerzo más arduo que el de la comprensión. Exige una acción constante sobre nosotros mismos, una objetividad y una vigilancia de cada instante, para no ser arrastrados por nuestras pasiones que nos inducen a construir tantas teorías para justificar nuestros intereses o ambiciones tanto a nuestros ojos como a los de los demás; o por ideas nobles y generosas pero que, por no estar insertadas en una verdadera visión del hombre, son inhumanas. Pero, ¿habrá esfuerzo más necesario que este en el mundo en que vivimos?

Muchos se dirán: Esta actitud encierra un peligro mortal: el del escepticismo y el de la impotencia. Es decir, si comprendemos demasiado las razones de los demás, que tan a menudo son puras, pero que pueden conducir a las acciones más abominables para realizarse; corremos el riesgo de no poder hacer nada contra ellos, por pérdida de fe en nuestras propias razones o porque comprendemos que es lo que los conduce a actuar de ese modo. Esta es la actitud que simboliza el poeta Escipión en el "CALIGULA" de Camus, quien comprendiendo el profundo sufrimiento interno que llevaba al Emperador a tratar de imponer su arbitrio como ley del mundo, (sufrimiento que le era producido por el escándalo que significaba la fría negación del uni-

verso a las aspiraciones justas y razonables de los hombres), aceptaba este arbitrio que acentuaba aún más la injusticia sin tratar de rebelarse contra él.

Este peligro es posible, pero creemos que no debemos temerlo, si nuestra actitud de comprensión se ve doblada por otra que, no olvidando jamás cual es la mísera condición del hombre, busque a mejorarla.

Este doble movimiento nos conducirá al mismo tiempo que a destruir mil malentendidos que corren el riesgo de lanzarnos imbecilmente los unos contra los otros cuando en el fondo anhelamos más o menos lo mismo, a oponernos con la conciencia limpia a aquellos que pretenden destruir al hombre o hacerlo sufrir para crear la felicidad o la justicia sobre la tierra.

Nuestra situación en la vida, nuestra manera de pensar y muchas de nuestras ideas pueden oponernos los unos a los otros. Ello es normal. Pero existe un valor que debe ser cada vez más absoluto para todos, cualesquiera que sean nuestras concepciones: no es destruyendo y sacrificando a los hombres como lograremos su felicidad. Bastante miserable es ya la condición humana para agregarle todavía más, "Vale más perecer que odiar y temer; vale más perecer dos veces que hacerse odiar y temer; tal deberá ser un día la máxima suprema de toda sociedad organizada políticamente" (Nietzsche).

En esta crisis de civilización que vivimos hoy día; en esta profunda revisión de valores, de conceptos y de estructuras a que nos vemos abocados; en esta nueva síntesis más amplia que nos es preciso construir en la que se encuentre incorporado todo lo valioso que el espíritu humano ha descubierto y la civilización realizado en éstos últimos decenios venga de donde venga; es tarea fundamental entre otras, para los hombres que tienen visión, la de luchar por agrandar cada vez más el margen de la justicia. Pero la vida es tan compleja, y todo en ella y en el mundo está tan misteriosa e inextricablemente mezclado, que a menudo, luchando por la justicia, podemos vernos conducidos a cometer actos de injusticia, a lesionar a algunos para lograr el bien de los más, a endurecer el presente de la mayoría para darles un futuro mejor. Pero aunque a veces nos veamos forzados a hacer esto, jamás ello debe establecerse como principio, y en todas nuestras acciones debemos hacer todo lo humanamente posible para evitar de caer en ello. No hay que olvidar jamás lo que decía Albert Camus en un editorial del diario "COMBAT", el 22 de Noviembre de 1944.—"La justicia es a la vez una idea y un calor de alma. Sepamos tomarla en lo que tiene de humano, sin transformarla en esa terrible pasión abstracta que ha mutilado a tantos hombres".

Muchos se dirán:—Todo esto no es muy claro. Pero es que no hay

que olvidar que si queremos vivir en una sociedad de hombres y no de robots, esto no es algo que pueda aplicarse con exactitud matemática a cada caso que pueda presentarse. Lo que es importante retener y lo que debe ser claro, es de que en todo momento el primer deber es tratar de comprender por un lado y otro. De este esfuerzo se verá mucho más a menudo de lo que parece, que la oposición radical que separaba no era más que un muro que impedía ver que ambos marchaban en el mismo sentido.

Cuando hecho honradamente este esfuerzo se vé que aún caminando en la misma dirección, el camino que uno de ellos sigue buscando la felicidad y la justicia a través de la destrucción, utilizada como medio esencial o como solución de facilidad, entonces es nuestro deber de oponernos a él en nombre del hombre y basándonos en el movimiento complementario e imprescindible de nuestra actitud de comprensión.

Todo esto que no es muy simple en el papel, menos lo es en la vida. Pero es a nuestro juicio esta doble actitud, con todas las imperfecciones que sin duda comporta por las limitaciones propias del hombre, la única que nos permitirá salir de este proceso de ciega auto-destrucción en que vivimos.

En esta terrible lucha que hoy día se plantea entre las ideas y los hombres, aunque pueda ser menos hermoso y mucho más difícil, hay que preferir a los hombres, y aceptar aquéllas sólo en cuanto no impliquen la mutilación de éstos para realizarse. Y recordemos con Duhamel que:—“Si la civilización no se encuentra en el corazón del hombre, ella no se encuentra en ninguna parte”.

Es con la visión de este doble movimiento inscrita en el fondo de nuestro pensamiento con la que debemos afrontar todos los acontecimientos de nuestra época, tanto en juicio como en acción.

—Pero antes de terminar, y para evitar falsas interpretaciones, queremos que se nos entienda bien. Que no vaya a pensarse por lo que aquí se dice que nada importan las ideas, o que todas las verdades son equivalentes, y que lo único que interesa es un entendimiento entre los hombres hecho sobre la base de que cada uno claudique de todo o de una parte de lo que piensa para llegar a un compromiso amorfo que no moleste a nadie y en el que todos puedan vivir tranquilamente.

No, no se trata de esto. Creemos que existe una sólo Verdad en el plano metafísico y religioso. Pero el que se sea poseedor de esta Verdad no es una garantía de que se sea poseedor de la verdad en los distintos planos de la vida social, política y económica. Aún más,

cómo por una escandalosa paradoja se ha visto en los últimos cien años que quienes eran poseedores de la única Verdad en lo trascendente, eran los que más a menudo andaban equivocados en las cosas de la vida pública. Y qué mayor prueba de ello se necesita que ese abandono en que dejaron a las masas proletarias, quienes se vieron obligadas a buscar la justicia bajo otros signos y muy a menudo en abierta pugna contra aquéllos que eran los depositarios de la verdadera Justicia, todo lo cual obligó a uno de los Pontífices a exclamar que la tarea fundamental de la hora presente era la de la redención del proletariado.

Que no se tenga pues el necio orgullo de creerse siempre en la razón en los demás planos de la vida humana porque se es poseedor de la Verdad en lo metafísico y en lo religioso. Y que tampoco se pretenda imponer esta última a golpes de fuerza, pues esto iría contra su esencia misma.

Y como aquí por lo demás no es en este plano en el que pretendemos colocarnos sino que en el de la vida pública, creemos que esta actitud de abrirse a los otros, de buscar y de comprender sus razones y sus anhelos, es la única consecuente con lo anterior y la sólo capaz de crear un mundo más humano y fraternal. Como lo decía Pío XII en una ocasión:—“Si es necesario ser resuelto contra el error, también es menester estar llenos de consideración hacia los que yerran y tener el ánimo abierto para escuchar sus aspiraciones, sus esperanzas y sus motivos”.

HACIA UN NUEVO ORDEN POR UN CATOLICISMO SOCIAL AUTENTICO

por Jorge FERNANDEZ PRADEL S. J. (1)

IV.—ASPIRACIONES DEL CATOLICISMO SOCIAL

REDENCION DEL PROLETARIADO.

Si aceptamos como buenos católicos estos principios y esta doctrina, *toda entera basada en las enseñanzas de los Papas*, nos penetramos fácilmente de lo que son en realidad las aspiraciones de un catolicismo social auténtico, y lo que debe ser su programa, para reestructurar un nuevo orden social.

Ni capitalismo ni totalitarismo, sino “Redención del proletariado” (Q. A.). Lo que quiere decir, *desaparición del proletariado*, esto es, mejor distribución de las riquezas; acceso a la propiedad a todo trabajador honesto, participación progresiva en la organización de la empresa y de la profesión, seguridad social contra los riesgos normales de la vida obrera; riesgos de paro forzoso, de salario insuficiente para tener alojamiento humano, alimentos indispensables y vestidos convenientes, riesgos de falta de un crédito racional, riesgos de accidentes, enfermedad, invalidez y vejez, riesgos de surmenage por falta de limitación de horas de trabajo, falta de vacaciones y de condiciones higiénicas de trabajo. “No dudamos en declarar: la búsqueda y la realización de las reformas de estructura, capaces de lograr la desproletización de las masas populares, es un deber grave de la hora actual”, nos dice el Cardenal Suhard. (*Doc. Cath.* 10 Dic. 1944).

Todo esto viene a traducirse en este desiderátum del catolicismo social: *Humanización del medio de trabajo* (2). Tras esta humanización van los esfuerzos de los católicos sociales alentados por el Papa actual.

Pero esta humanización del mundo obrero, esta desproletización del trabajador, no consiste solamente en arrancarlo de su vida de incertidumbre y asegurarle su tranquilidad frente a estos riesgos. Consiste en algo más para un cristiano. La Iglesia nos reclama un esfuerzo por levantar el corazón del obrero, por librarlo de este

(1) Publicamos ahora la IV y última parte de este interesante ensayo, que reproducimos de la revista “LATINOAMERICA” de México.

(2) Ver “Semaines Sociales de France” 1947, 1949.

complejo de inferioridad en que se debate. Para ello hay que abrirle nuevos horizontes más humanos, hay que descubrirle la posibilidad de un cambio fundamental en las relaciones entre el capital y el trabajo, de un cambio de estructura de la empresa, de una posible incorporación en su dirección, de un acceso a una mayor cultura, a un puesto más halagador en la sociedad. Esto significa esa expresión que veo en la boca de jefes, de obispos y del mismo Pío XII: *la promoción obrera, la humanización del medio del trabajo.*

Releamos las Encíclicas y Mensajes de los últimos Pontífices, en especial los trozos que acabamos de citar; releamos la declaración del Episcopado de Francia, y veremos que estas aspiraciones y estos ensayos están inspirados en esas enseñanzas.

“¿Qué pide el Episcopado Francés?”

1^o—El acceso progresivo de cada obrero a la propiedad privada; 2^o—*La participación progresiva de los obreros en la organización del trabajo, de la empresa, de la profesión, de la sociedad.*

El obrero aspira a participar en la vida social y económica de las empresas, así como a los frutos de la producción.

Para realizar estos progresos sociales, son necesarias reformas de estructuras. Estamos prestos a acogerlas...

La Iglesia no tiene que pronunciarse sobre la elección de sistemas técnicos. Su papel no es de organizar lo temporal. Recuerda sencillamente, pero con energía, el principio de una orientación, cada día más clara, hacia el contrato de sociedad.

En fin, pedimos el establecimiento de una organización profesional, que contribuya a realizar entre los diversos elementos de la misma profesión, patrones, cuadros obreros, comunidades humanas, en el orden, la justicia, y la fraternidad'. Son palabras del Episcopado de Francia.

Estas aspiraciones las encuentro además en las conclusiones de las Semanas Sociales de Francia, y en numerosos trabajos aparecidos en revistas, tan importantes como *Etudes, Civiltà Cattolica, Travaux de L' A. P., Vie intellectuelle, Documentation Catholique, Masses Ouvrières, Dossier de l'ASC, Social Order, Economie et Humanisme*; para no citar sino las más importantes. Son las mismas que Mons. Saliège y Mons. Menechet, nos consignan en estas palabras; “Es menester que el proletariado desaparezca. Un justo salario que satisfaga las necesidades del obrero y sus familias; la propiedad privada puesta al alcance de todas las clases del pueblo; mejor formación de los hijos; un clima social que quite a los trabajadores la impresión de que se les quiere relegar a su condición actual, y les procure la experiencia reconfortante de verdadera solidaridad humana y cristianamente fraternal. *El contrato de trabajo,*

transformándose en contrato de sociedad; el obrero participando en la gestión de la empresa; el obrero que no acepta la tiranía del Estado, ni del Sindicato; que rechaza la anarquía, la violencia y la incuria... que se siente mayor de edad"... (1). "¿Qué reclaman los obreros en definitiva? Dejar de ser proletarios, sin seguridad, sin estatutos sociales, sin responsabilidades. Participar efectivamente en la comunidad nacional. Es decir: estar informados de los fines y resultados de su trabajo, tener parte en la dirección de la producción y la economía, y en la gerencia de las obras sociales. Beneficiarse de las condiciones materiales de existencia que garanticen su seguridad y dignidad, salario vital proporcionado al costo de la vida,... participación en las utilidades de las empresas, acceso a la propiedad y a la cultura, seguro eficaz contra accidentes y enfermedades, jubilación que les asegure una vejez digna y apacible. Pues bien: ¿qué hombre sincero y leal dudaría en secundar estas aspiraciones?" (2).

A todas estas aspiraciones, mejor dicho, a esta actitud, frente a los problemas sociales, es a lo que Pío XI y Pío XII llaman catolicismo social. A los católicos que las hacen suyas, los designan con el nombre de católicos sociales; a ellos piden, que elaboren programas de acción económico social y político, y que estudien el mejor medio de llevarlos a la realidad.

Pío XII pide con urgencia a los sacerdotes que den a este trabajo, la prioridad sobre todos los otros. "En el caso presente toda otra obra por bella y buena que sea, debe ceder su lugar delante de la necesidad vital de salvar las bases mismas de la fe y civilización cristiana.

Que los sacerdotes reserven la mayor y mejor parte de sus fuerzas y actividades para volver a ganar las masas obreras a Cristo y a la Iglesia. Encontrarán en las masas populares, una correspondencia, una abundancia de frutos insospechados, que les recompensará del trabajo penoso del desbrozamiento". (D. R. N^o 62).

Pío XII nos exhorta a ser heraldos del ideal social cristiano, contribuyendo "a arrastrar a todos hacia esta justicia social de que todo discípulo de Cristo debe tener hambre y sed". "Hoy como ayer, nos dice Pío XII, en el porvenir como en el pasado, una situación firme y sólida no se puede edificar sino sobre las bases establecidas por la naturaleza, en realidad por el Creador, como fundamento de la única y verdadera estabilidad. He ahí por qué Nos, no

(1) Cardenal Saliege en **Doc. Cath.** del 15 de Octubre de 1945.

(2) Mons. Menechet, obispo de Loisson, en **Doc. Cath.** del 25-XII-1944.

Nos cansamos de recomendar con insistencia la elaboración de un Estatuto de derecho público de la vida económica, de toda la vida social, en general, según la organización profesional. He ahí por qué Nos no Nos cansamos de recomendar la *difusión progresiva de la propiedad de las empresas medianas y pequeñas*". (Discurso a los obreros belgas, 1949).

El mismo Pío XII, en su alocución del 2 de Junio de 1948 exhorta a los católicos a "conjuguar sus esfuerzos por lograr las reformas sociales, que los tiempos actuales imperiosamente reclaman, con todos los hombres que aunque estén en campos diferentes, están de acuerdo, sin embargo, con la doctrina social de la Iglesia, por el camino trazado por ella, que no es el de trastornos violentos, sino el de la experiencia comprobada y el de las resoluciones energéticas". *"Ya es tiempo, —añade— de no contentarse con buenas intenciones y bellos programas, sino de poner en práctica con toda energía las reformas sociales justas y necesarias, que ocupan el centro de todos los problemas. Urge en particular dar a las clases menos favorecidas, habitación, pan y trabajo"*.

Y más recientemente el 11 de marzo de 1951 hablando por radio a los trabajadores españoles insiste en que "la Iglesia... se ha esforzado tenazmente por conseguir que se tenga más cuenta del hombre que de las ventajas económicas y técnicas para que, los que hacen de su parte lo que pueden, vivan una vida cristiana digna de un ser humano. Por eso la Iglesia defiende el derecho de propiedad, derecho que ella, considera fundamentalmente intangible. Pero también insiste en la necesidad de una distribución más justa de la propiedad y denuncia lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social donde, frente a un grupo pequeño de privilegiados y riquísimos hay una enorme masa popular empobrecida. Siempre habrá desigualdades económicas, pero todos los que de algún modo influyen en la marcha de la sociedad, deben tender siempre a conseguir una situación tal que permita, a cuantos hacen lo que está en sus manos, no sólo el vivir, sino el ahorrar. Son muchos los factores que deben contribuir a una mayor difusión de la propiedad pero, el principal debe ser siempre el justo salario. Sabéis muy bien que el justo salario y una mejor distribución de los bienes naturales, constituyen dos de las exigencias más apremiantes en el programa social de la Iglesia.

Ella ve con buenos ojos y aún fomenta todo aquello que, dentro de lo que permiten las circunstancias, tienda a introducir elementos de contrato de sociedad en el contrato de trabajo y mejorar la condición general del trabajador.

HACIA UNA DEMOCRACIA ECONOMICA-SOCIAL

Los que militan en auténticas organizaciones social cristianas, los que están probando que sólo el Catolicismo social vigorosamente realizado, es la única fuerza que puede ofrecer paz a las naciones con la aplicación de la doctrina social de la Iglesia; han empezado por conocer esta doctrina, por estudiar la verdadera situación de su país, por establecer contacto real y verdadero con el mundo del trabajo y así elaborar planes y programas nacionales.

Todos coinciden en la necesidad de un *Consejo Nacional económico-social*, en que tengan representación los gremios organizados, los jefes más preparados de Sociedades y Asociaciones Agrícolas, Industriales y Comerciales; financistas y jefes de instituciones bancarias, sociólogos y hombres de acción de indiscutible valor.

Este Consejo debe elaborar un *Estatuto de Derecho Público* de la vida económica y social del país y de cada región; debe proponer las medidas que reclaman empleados, empleadores y obreros; debe estudiar las reformas y ensayos que se están realizando en las diferentes naciones, para adoptar las mejores a nuestro país; debe elaborar un plan económico-social a corto y largo plazo, como ya se ha hecho con notable éxito en Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda.

Junto con este Consejo Nacional se impone una *Magistratura económico-social* autónoma, pero que cuente con representantes del Ejecutivo y del Parlamento, y con técnicos y sociólogos seleccionados.

Es aspiración del Catolicismo social el obtener una *verdadera democracia económica*; o sea, un orden económico orientado hacia el bien del pueblo, bajo el control del pueblo.

PLAN Y PROGRAMA

Estas bases, estas aspiraciones deben servir a los dirigentes de un movimiento social cristiano para elaborar planes y programas acomodados a su propio país. El pueblo reclama algo concreto, está cansado de vagas promesas.

Planes y Programas bien estudiados se han publicado por la *Acción Popular* de Francia; por la CISC (Confederación Internacional de Sindicatos cristianos); por la CSC (Confederación de Sindicatos cristianos de Bélgica); por la CFTC (Confederación francesa de trabajadores cristianos); por algunos Movimientos y organizaciones políticas, como Democracia cristiana de Italia, Mo-

vimiento Republicano Popular de Francia, Falange Nacional de Chile, Democracia Cristiana de Argentina, Uruguay, Perú, etc.

Del Código Social de Matinas, de las Conclusiones de las Semanas Sociales de Francia, Italia, España, Alemania y de otros países, se puede extraer un magnífico programa de Catolicismo social.

Para Chile yo pondría como punto primordial el *esfuerzo por dar habitación humana* a nuestro proletariado. Pío XII nos advierte que "si falta la habitación familiar, nada puede detener el peligro que amenaza la seguridad social, la salvación y la vida misma de la sociedad civil". (*Doc. Cath.*, 14-1-51, Col. 52).

Enseguida se debe poner la forma de encarar la *inflación*, que hace ilusorio el ahorro y todo aumento de remuneración.

Pero no es menos importante acometer una *profunda reforma agraria*, tal que, permitiendo el acceso de la propiedad al que trabaja la tierra, en el mayor número posible, se logre, como en muchos países se está logrando, no sólo que no disminuya la producción, sino que aumenta sustancialmente, debido a la creación de cooperativas, a la facilidad en los créditos y al trabajo de educación entre los nuevos propietarios. Esto sí que sería tener visión, atender a los deseos de la Santa Sede, lograr paz social efectiva en la nación.

Hay que añadir naturalmente muchas otras medidas urgentísimas, como facilidades en el crédito a las pequeñas industrias, revisión de las cargas tributarias, eximiendo de ellas a las *familias* de renta débil; reducción de la burocracia; seguridad integral para empleados y obreros; reforma de las leyes sindicales, extensión del contrato colectivo de trabajo, reglamentación de las huelgas, conciliación y arbitraje, hasta llegar, por lo menos en las empresas de utilidad pública, al arbitraje obligatorio, siempre que queden racionalmente resguardados los justos intereses de los asalariados.

Por fin hay que dar un paso decisivo en la reforma de la empresa.

Sólo procediendo como verdaderos cristianos, con desprendimiento de los bienes de este mundo, con gran espíritu de justicia y caridad, con fé inquebrantable en las directivas de la Santa Sede y de la Jerarquía; lograremos un auténtico movimiento social católico, que atraiga las masas por su sinceridad y valentía. Hay que querer de veras lo que los Papas y el Episcopado nos piden: *restaurar un orden social cristiano auténtico*.

DOCTRINA TRANSFORMADORA

Para ello necesitamos dominar nuestro egoísmo y sacudir nuestra proverbial apatía. Somos los únicos poseedores de una doctrina que es capaz de crear un mundo mejor.

De proyecciones incalculables, pero posibles, la doctrina social de la Iglesia es hondamente revolucionaria, ya que pretende crear un nuevo orden económico-social; aunque en sus métodos rechaza la violencia y ejerza una acción progresiva y una política realista, con la que va obteniendo un nivel económico, social, cultural y moral, cada día más elevado del mundo del trabajo.

Es un error, pues, calificar al catolicismo social como una doctrina social intermediaria entre el liberalismo y el marxismo.

Su doctrina trasciende las doctrinas materialistas de ambas corrientes: es un humanismo integral, que prescinde del individuo para concretarse a la persona humana, al hombre todo entero. Pero no es sólo una teoría. El Catolicismo social es una *ciencia y doctrina para la acción*. Partiendo de las exigencias del cristianismo en materia social y guiado por las enseñanzas pontificias, se esfuerza por realizar en el orden temporal la justicia social, estableciendo una doctrina susceptible de promover y encauzar una acción capaz de obtener una verdadera transformación.

Transformación de una sociedad liberal capitalista, subordinando la libertad económica a las libertades esenciales de la persona; subordinando la utilidad y el beneficio, a la satisfacción de las necesidades humanas, y el precio del arriendo del trabajo al nivel de las entradas necesarias para subsistencia de la familia; buscando la extensión creciente de la justicia social y el reconocimiento de los cuerpos sociales naturales.

Transformación de una sociedad marxista, por el reconocimiento del primado de la persona humana sobre la sociedad, por el beneficio de una propiedad privada distribuida a todos y por la limitación de la competencia e intervención del Estado. Nada más opuesto al socialismo de Estado que el catolicismo social.

En resumen, en el catolicismo social, el Evangelio y el dogma se inspiran los principios de que las Encíclicas y Mensajes de los Pontífices se sirven para señalar normas y directivas a los sociólogos con el fin de construir esta ciencia y doctrina social, para la acción, conjunto coordinado de disposiciones destinadas a modificar el medio social, humanizándolo. Esta acción se traduce en un movimiento social que naturalmente requiere un programa y una fuerza política que trabaje por realizarlo.

REALIZACION

Así nos lo afirma Pío XII. “Una política social conforme a la doctrina de la Iglesia, sostenida por organizaciones, que garanticen los intereses materiales y espirituales del pueblo, y adaptadas a las condiciones presentes de vida: tal política debería contar con el apoyo de todo verdadero católico, sin ninguna excepción”. (Doc. Cath., 7-8-50, col. 1139). “La doctrina social de la Iglesia, recordemos las palabras del Papa, es clara en todos sus aspectos y es obligatoria. Ninguno puede apartarse de ella, sin peligro para la fe y para el orden moral”.

Su realización no es fácil, no es posible en pocos días. La doctrina encierra aspiraciones, tan justas, tan racionales; que convencen hasta muchos no católicos.

Pero deben sus realizaciones someterse a pruebas a ensayos y perfeccionamientos, hasta ir logrando este cambio de estructura, esta restauración del orden social, de que nos habla Pío X en *Quadragesimo Anno*.

Muchas de sus aspiraciones ya van siendo realidades en muchos países. “Los católicos sociales, nos dice Pío XII, van logrando en todas partes inmensas conquistas”. “Las legislaciones sociales de los diversos países no son más que aplicaciones, en gran parte de los principios establecidos por la Iglesia”. (Pío XII, Discursos a trabajadores españoles, 11 Marzo 1951).

En realidad, el Tratado de Versalles, el programa de la Oficina Internacional del Trabajo, la misma N. U., van haciendo suyas las recomendaciones de R. N., Q. A. y de Pío XII en sus numerosos mensajes.

En la legislación de casi todas las naciones del mundo civilizado, vemos que se han incorporado las normas de R. N. y Q. A., gracias a la actividad de militantes que actúan en sindicatos, en organizaciones sociales, en experiencias de educación, en el parlamento. A ellos se debe el que se haya proclamado por las leyes:

- El derecho de asociación y huelga.
- El derecho a un salario mínimo familiar.
- El derecho al reposo dominical.
- La limitación de las horas de trabajo y reducción del trabajo de las mujeres y niños.
- La seguridad social; accidentes, paros forzosos, enfermedades, invalidez, vejez.
- El establecimiento de Contratos de trabajo y Consejos de administración, etc.

Hay más, los países que más sinceramente han escuchado a los Papas, aquellos en que los católicos han promovido una acción y una política metódica y constante, con ánimo de instaurar un nuevo orden social, nos demuestran con sus consoladores resultados que es posible este catolicismo social, con su doctrina francamente revolucionaria, pero con sus métodos evolutivos, humanos y reformistas. Ahí están los magníficos ejemplos de Bélgica y Holanda (1), Irlanda y Canadá para probar nuestro aserto. Los resultados tangibles del catolicismo social, dentro de sus métodos de paz, muestran su superioridad sobre las promesas de una hipotética eficacia revolucionaria.

¿SOY YO CATOLICO SOCIAL?

Con lo que llevamos dicho queda a mi juicio suficientemente indicado el criterio para señalar al católico social. *Los que en sus escritos, apostolados y vida práctica, muestran aceptar de corazón las exigencias sociales del cristianismo y quieren un nuevo orden social cristiano, los que dan su adhesión sincera a estos principios, a estas directivas y a esta ciencia y doctrina social de la Iglesia, los que en sus actos manifiestan esa sensibilidad social, merecen ser llamados católicos sociales.*

De hecho los Pastores de la Iglesia han ido designando con este epíteto a personas, instituciones y centros de orientación y estudios sociales cuyos escritos y trabajos se encuadran dentro de este movimiento social cristiano. Tales, los precursores de *Rerum Novarum*, los organizadores de la *Acción Populaire* y *Semanas Sociales*, los apóstoles de los sindicatos cristianos, y otras obras sociales, que han merecido autógrafos explícitos y declaraciones oficiales de la Santa Sede. En esas fuentes hay que ir a beber si queremos empaparnos del verdadero catolicismo social. No nos escudemos con esa frase en boga entre los que muestran en esto mismo su falta de sentido social: "Hay tantas maneras de interpretar el Evangelio y las Encíclicas". Hay una manera solamente; sentir *con la Iglesia, sentir con el Papa*, y con lo que ellos aprueban como sus genuinos intérpretes.

Pero no olvidemos; seremos tanto más social cristianos, católicos sociales, demócratas cristianos; tendremos tanto más sentido social, y sensibilidad social, cuanto más impregnemos nues-

(1) En la carta del actual Papa, cuando era Cardenal Secretario de Estado de Pío XI y en su nombre exhorta al episcopado de Chile a seguir las huellas de Bélgica y Holanda.

tras mentes y nuestras vidas en el más auténtico cristianismo; y deseemos y procuremos para los demás, lo que deseamos y procuramos para nosotros mismos, evitando para los otros lo que evitamos para nosotros.

Necesitamos eso sí, el optimismo que da la persuasión de que la Iglesia con su doctrina, su código moral y su acción universal en todas las capas sociales, es la única Entidad capaz de ofrecer una solución adecuada y completa a la cuestión social, y la única que puede ir logrando una convivencia humana, que satisfaga las más hondas exigencias del hombre y de las más justas aspiraciones del ser racional. *"Todo lo bueno y justo que halláis en los demás sistemas, se encuentra ya en la doctrina social católica"*. (Pío XII, *Discurso radial* a trabajadores españoles 11 marzo 1951).

Nota: RN = Rerum Novarum; Q. A. = Quadragesimo Anno; DR = Divini Redemptoris. Doc. Cath. = Documentation Catholique.

DOCUMENTOS

CORRESPONDENCIA CON TOYNBEE

Santiago de Chile, 12 de Marzo de 1951.

Profesor Arnold J. Toynbee
Royal Institute of International Affairs
University of London
London.

Estimado profesor Toynbee:

Tal vez le agrade a Ud. saber que en Chile —ese “borde sur-
oeste de la civilización occidental” como Ud. denomina a nuestro
país en alguna parte de su libro “La civilización puesta a prueba”—
está convirtiéndose en un “best seller” (a través de su traducción
al español de Editorial Emecé, Buenos Aires, 1949).

Aunque no somos “zelotes”, sus vigorosas y estimulantes ideas
nos están ayudando a universalizar nuestro modo de pensar, ya
que somos sinceramente receptivos para tales ideas. Tal vez por-
que Dios nos colocó en “esta angosta faja de tierra sujeta a fre-
cuentes temblores”, como se nos ha descrito en una geografía in-
glesa.

Pero, examinando su libro con algunos amigos, nos pregun-
tábamos sobre lo que Ud. piensa de América Latina, su signifi-
cado histórico y su posible papel en el futuro de la Civilización.
¿Somos tan poco importantes como para merecer sólo unas pocas
palabras en su maravilloso cuadro de la humanidad? Aunque so-
mos más humildes que nuestros hermanos mayores de Europa y no
nos sentimos el centro del mundo, quizás podemos ayudar a resol-
ver los problemas que Ud. expone en su libro.

Tenemos en Chile una revista llamada “Política y Espíritu”.
¿Sería demasiado pedirle para ella unas pocas palabras sobre
“América Latina en la Historia”? Mis amigos creen que yo escribo
mejor inglés que ellos y así me han pedido que le escriba, a pesar
de que soy solamente profesor de Nutrición en la Escuela de Sa-
lubridad de nuestra Universidad.

Si acepté el encargo le ruego creer que fué en primer lugar
para darle las gracias por lo que su libro ha significado para mí.

Agradeciéndole de antemano, sinceramente suyo

Dr. Julio V. Santa María.

Marzo 21 de 1951.

Estimado Dr. Santa María:

Su carta, escrita, a pesar de lo que modestamente afirma, en el más admirable inglés, me ha proporcionado naturalmente una gran satisfacción y en contestación a ella quisiera decirle ante todo que América Latina ocupa un bien prominente lugar en mi visión de la historia, aunque como Ud. señala, no he dicho mucho al respecto en mi libro "La civilización puesta a prueba" (sin embargo lo digo, y mucho, en mi "Estudio de la Historia").

Podría agregar que no veo a América Latina completamente como una unidad; en cuanto a Chile me parece ser un país de la misma familia de, dijéramos, los Estados Unidos o Nueva Zelanda; México me parece más como uno de los países asiáticos en los cuales la civilización pre-europea está abriéndose camino a través de una apariencia occidental.

Me gustaría mucho, más adelante, aceptar su amable invitación a contribuir con algo para "POLITICA y ESPIRITU", pero, durante el resto de este año por lo menos, estaré ocupado terminando de escribir mi libro "Estudio de la Historia" y entregándolo a los editores. Pero he quedado muy impresionado al saber que mi trabajo es conocido en Chile y naturalmente me gustaría entrar en contacto con mis lectores chilenos por el medio que Ud. amablemente me sugiere.

De Ud. sinceramente

ARNOLD J. TOYNBEE

TEATRO Y CINEMATOGRAFO

LA LOCA DE CHAILLOT.—
De Jean Giraudoux.

Por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.

El psicoanálisis ha demostrado que en la etiología de muchas anomalías de la mente se encuentra la resistencia de la conciencia del paciente a aceptar la entrada de determinados aspectos de la realidad.

Resulta, así, que la neurosis tiene una impensada importancia como medida de protección individual y social, porque las censuras y represiones de la conciencia se abaten, a menudo, sobre inclinaciones o deseos manifiestamente antisociales o perjudiciales para el propio sujeto; o bien, sobre ideas susceptibles, por sí mismas o por asociación con otras, de provocar sentimientos dolorosos.

Puede afirmarse, entonces, aunque la locura no está exenta de que suene a tremenda paradoja, cierto toque de sensatez. El que los insanos se crean cuerdos y estimen anormales a los que todos pensamos que son cuerdos no es, consiguientemente, tan disparatado como parece.

La locura merecía, por lo tanto, el elogio de Erasmo y el que le prodiga Giraudoux en la obra que comentamos. Cuando Aurelia, la loca de Chaillot, después de exterminar a las fuerzas del mal, dice que basta que haya una mujer sensata para que la obra del mundo se destroe contra ella, no está expresando una intención chistosa del autor, sino afirmando una gran verdad, oculta bajo apariencias equívocas.

La obra de Giraudoux presenta, bajo un cierto aspecto —quizá el más actual— la lucha eterna entre el bien y el mal. El

afán de lucro, de especulación, la persecución vehemente del poder financiero son, hoy, las expresiones más palpitantes de las fuerzas del mal. Han superado a la avaricia como pecado capital, pues ésta ejercía su nefanda acción sobre un ámbito más reducido. El campo del especulador moderno, en cambio, casi no reconoce linderos y el impacto de sus manejos es más difuso, más errático, mucho más perjudicial. El autor personifica estas fuerzas en cuatro personajes —característicos del moderno capitalismo— cuyos diálogos crudos y mordientes y cuya actuación de mojiganga, retratan y satirizan sus bajas personalidades de materialistas inmisericordes.

El bien, cuyas armas son los medios lícito y morales y la buena fe, no puede medir sus arcos con los del mal, en el palenque del mundo exterior. Su campo apropiado de combate está solo en las conciencias. Si allí es derrotado, en el mundo exterior su ruina será cierta. Hay que tener, pues, una gran fe en las potencias interiores del hombre para no perder el ánimo en la lucha. Para muchos, para la inmensa mayoría, esa fe, ese optimismo, es una ingenuidad. Por eso, quizá, Giraudoux caracteriza el bien con personajes que revelan, a la vez, la ingenuidad, la buena fe y la pureza de las gentes sencillas.

El trapero, la fregona, el sordomudo, el policía, el organillero, la florista no ignoraban el peligro que sobre ellos se cernía ni la violencia terrible de la lucha librada en todo momento contra las fuerzas del mal. Eran personas normales y, por lo tanto, sufrían por el dolor del combate; porque sabían que eran los últimos libres —como decía el trapero—; porque tenían no poder

serlo por mucho tiempo más. Esto quiere decir que no disfrutaban alegremente de la vida, con la naturalidad inherente a la lozanía y vigor de lo primitivo.

La loca de Chaillot, en cambio, era feliz, porque ignoraba el conflicto; se obstinaba en vivir en una época lejana; estaba mentalmente fijada en un tiempo que para ella representaba la felicidad. No toleraba otro contacto con el mundo exterior, que el placentero de las gentes buenas y sencillas. El mundo de la fealdad y de la rapiña no tenía acceso a su cerebro. Si consideramos además, que padecía un cierto delirio de grandeza, tendremos que convenir en que el caso de Aurelia es, aproximadamente, la descripción de lo que Freud llama parafrenia.

Cuando llega a tener conciencia de la fealdad exterior, de la angustiada lucha del bien contra la potencia desmedida del mal, urde de inmediato la manera de

aniquilar a los siniestros personajes que la encarnan. La bienhechora locura, las aún ignoradas posibilidades patológicas de la mente, son el más seguro asilo para un pesimista, como la loca de Chaillot; en los intrincados meandros de su psiquis, una espesa censura borrará para siempre la fugaz visión de la miseria; hundirá definitivamente las fuerzas del mal en el sótano de la inconciencia.

En cuanto a la actuación del elenco del Teatro de Ensayo, hay que dejar constancia que fué eficiente y apropiada; que pudo para un desempeño homogéneo vencer los inconvenientes que presenta una obra en que debe actuar un tan gran número de actores.

El destacado rol de Aurelia, la loca de Chaillot, fué excelentemente interpretado por Ana González.

Sergio Baeza Pinto.

ESTUDIO DE LA HISTORIA

por Arnold J. Toynbee

Volumen I

Precio \$ 720

Acaba de aparecer el Tomo I de la obra de Arnold J. Toynbee titulada "ESTUDIO DE LA HISTORIA". Este volumen de la monumental historia del Prof. Toynbee comprende la Introducción, en la que el autor revela la magistral estructura de su obra. Sus temas son de trascendental importancia: La relatividad del pensamiento histórico, El campo del estudio histórico. El estudio comparativo de las civilizaciones, etc.

"ESTUDIO DE LA HISTORIA", de Arnold J. Toynbee es la obra histórica de mayor jerarquía que se haya escrito hasta ahora.

Es motivo de justa complacencia para la Editorial Del Pacífico S. A. ofrecer el Volumen I de esta obra monumental. A fin de atender debidamente a quienes se interesen por ella, Editorial Del Pacífico S. A. recibe suscripciones, por medio de las cuales se envía al suscriptor cada volumen de la obra a medida que ellos sean publicados.

PEDIDOS A:

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57, Casilla 3126.

SANTIAGO DE CHILE.

INDICE

	<u>Págs.</u>
LO ESENCIAL EN UNA POLITICA CRISTIANA ...	145
SOBRE LA EXAGERACION, por <i>Eduardo Blanco-Amor</i> ..	147
DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS CATOLICOS DE CHILE, por <i>Julio Jiménez Berguecio</i> , S. A.	150
POR UNA ACTITUD DE COMPRESION, por <i>Jacques Chonchol</i>	164
HACIA UN NUEVO ORDEN POR UN CATOLICISMO SOCIAL AUTENTICO, por <i>Jorge Fernández Pradel</i> , S. J.	170
DOCUMENTOS:	
CORRESPONDENCIA CON TOYNBEE	180
TEATRO Y CINEMATOGRAFO:	
LA LOCA DE CHAILLOT, por <i>Sergio Baeza Pinto</i> ..	182



Este número de POLITICA Y ESPIRITU, Cuadernos mensuales de Cultura, Política y Economía Social, se terminó de imprimir el 22 de Mayo de 1951 en los Talleres de la "Editorial Del Pacífico, S. A." (San Francisco 116, Santiago de Chile).



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

EJEMPLAR \$ 20,00

MAYO DE 1951

PRINTED IN CHILE

TALLERES EDIT. DEL PACIFICO S. A.